

Educación de Adultos

El Proceso Educativo Andragogía vs. Pedagogía El Facilitador de Adultos

Andrés Almandoz MS

A pesar de los avances de la Andragogía en el mundo entero, todavía prevalecen en América Latina los modelos pedagógicos en las aulas de las instituciones educativas a nivel superior. El modelo pedagógico aplicado en el ámbito de la educación de adultos resulta inconexo con la realidad de los estudiantes que participan en el sistema de educación formal, convirtiéndose estos en víctimas de la falta de formación docente que muchos profesionales a cargo de la educación de adultos exhiben, generando como consecuencia enormes incongruencias que entorpecen la motivación y el proceso de aprendizaje del estudiante adulto.

El niño y el adulto dentro del proceso educativo.

Resulta obvio que un niño es diferente a un adulto. Mientras el niño está en proceso de desarrollo, el adulto está potencialmente capacitado para ejercer el control sobre todas sus funciones emocionales, intelectuales y físicas. El niño generalmente depende de los adultos para satisfacer sus necesidades básicas. En contraste, el adulto está potencialmente capacitado para satisfacer sus necesidades básicas. El adulto por lo general tiene -o cree tener- un criterio propio, mientras la mayoría de las veces el niño imita, modela, copia. El niño tiene una experiencia reducida de la vida, mientras el adulto ha tenido experiencias significativas que ha permeado su percepción del mundo.

Una cantidad significativa de educadores de adultos, en cualquiera de sus modalidades -ya

sea como profesor, alfabetizador, instructor, experto o investigador-, al relacionarse con sus alumnos, comete la grave falta de hacer uso de los principios y metodologías propias de la Pedagogía o aquellas con las cuales fueron instruidos durante su infancia, asumiendo erróneamente que el proceso educativo no varía necesariamente el variar la condición del sujeto, es decir, niño o adulto.

Esto puede ser consecuencia de varios factores, tales como:

1. la costumbre
2. la creencia en que "el profesor sabe más, y enseñar significa transmitir información",
3. el hecho de que muchos profesionales o especialistas en áreas diferentes a la educación se dedican a la docencia sin tener conocimiento alguno acerca del proceso educativo, repitiendo aquellos esquemas con los que fueron educados y carentes de la



formación e información necesaria para ejercer la actividad docente a nivel superior.

4. la lamentable realidad de la existencia de muchos educadores mediocres que, a razón de tener el poder de la calificación, no hacen, ni les interesa hacer, ningún esfuerzo por brindar una educación de mayor calidad (es éste el tipo de educadores de que deben cuidarse las instituciones educativas).

Las incogruencias que éste fenómeno genera para los educadores adultos resultan negativas para su proceso de aprendizaje. En primer lugar, los adultos que son "instruidos" como si fuesen niños, pueden perder la motivación al estudio y retirarse antes de culminar los requisitos establecidos. Aparte del esfuerzo para lograr los objetivos de la educación, aquellos que culminan sus estudios se ven obligados a realizar un

esfuerzo para mantener altos sus niveles de motivación, teniendo que hacer, muchas veces, importantes concesiones con respecto a sus principios y valores. En segundo lugar, la metodología directiva y coactiva utilizada por muchos docentes universitarios viola la relación de respeto, necesaria para una comunicación abierta y horizontal, fundamental para la acción educativa "entre" adultos, negando, a la vez, la importancia y validez de la experiencia del alumno. Por último, los contenidos programáticos, formados por incontables tablas de contenidos "teóricos", inconexos con la realidad, no se adaptan a la rapidez de los avances tecnológicos ni a las necesidades e intereses del adulto contemporáneo, haciendo énfasis sólo en contenidos y no en los procesos requeridos para obtenerlos cuando sea necesario.

Los puntos previamente

expuestos se ha constituido en una práctica aceptada por la mayoría de los profesionales en funciones de docencia, e inclusive se encuentran inmersos en los requisitos establecidos en concursos de oposición para aspirar cargos docentes en casas universitarias prestigiosas.

Pedagogía versus Andragogía

La palabra Pedagogía, proviene del griego "paideia" (de país: niño), se utiliza frecuentemente para designar la ciencia que se ocupa de la educación, en este caso la del niño. Sin embargo, cuando hablamos del adulto, resulta incorrecto utilizar el término pedagogía, ya que la ciencia que se encarga del estudio de la educación del adulto es la Andragogía.

Los principios y metodologías utilizados en el campo de la Pedagogía, se basan fundamentalmente en el reconocimiento de que los niños, limitados en sus capacidades y habilidades como producto de un proceso de evolución, requieren de estímulos crecientes que se adecuen a su ritmo de desarrollo, a la vez que se procure la creación de una base sólida y general de conocimientos elementales, necesarios para participar en una educación más especializada. De esta manera, los pedagogos recurren al uso de técnicas principalmente directivas, en donde la coacción cumple un papel fundamental en el proceso de creación de hábitos y la formación de la responsabilidad, elementos generalmente ausentes en el comportamiento natural del niño. Durante este período de formación, el maestro es la fuente de un conocimiento pre estructurado que instruye al alumno, suministrándole información con carácter "absoluto" y generalmente incuestionable, en la modalidad de clase magistral. Esa información debe ser procesada por el alumno, pero generalmente sólo termina siendo memorizada, para luego ser "evacuada" en un examen y olvidada por completo. Aunque el proceso anteriormente descrito resulta aberrante y con características propias de psicopatología social, es también cierto que cuando niños, la mayoría terminamos

aceptando las imposiciones del sistema y nos adaptamos a él. Los pocos que NO lo hacen son diagnosticados con algún trastorno de conducta o expulsados de la escuela repetidamente.

El facilitador de adultos

Al tomar en cuenta las diferencias existentes entre niños y adultos, resulta obvio que el proceso educativo adquiere una dimensión diferente, al igual que el rol del profesor o "facilitador". Tal como lo expresa Malcom Knowles (1), Andragogía viene del griego "aner" (adulto), "siendo así definida como el arte y la ciencia de ayudar adultos a aprender". En primer lugar, los educadores de adultos tenemos la obligación de poner en marcha todas las potencialidades dormidas de nuestros adultos, en especial aquellas relacionadas con los procesos. Al hablar de "procesos" nos referimos a analizar, sintetizar, resumir, integrar, comparar, deducir, inducir, observar, concluir, etc. En la educación de adultos, memorizar es un proceso poco útil, en especial cuando lo memorizado se encuentra en libros y es de rápido acceso a través de los modernos sistemas de telecomunicaciones. Al educador de adultos ya no le interesa transmitir información o conocimientos. Los conocimientos cambian tan rápidamente hoy en día, que ya casi todo parece ser relativo. Mientras los conocimientos cambian apresuradamente y el desarrollo científico-tecnológico avanza a pasos agigantados, la educación basada en los procesos se redi-

mensiona, para adquirir una validez única en nuestro contexto evolutivo actual.

Si nuestra educación de adultos estuviese basada en los principios andragógicos de horizontalidad y participación, y centrada en los procesos y no únicamente en los contenidos, entonces la clase magistral del profesor "sabelotodo", la clase aburrida del profesor que "lee textualmente" a la audiencia y las inacabables exposiciones preparadas por los alumnos para sustituir la clase magistral del profesor, no serían tan frecuentes en las instituciones que ofrecen servicios educativos a los adultos. En su lugar, encontraríamos profesores que sabrían generar debates, a la vez que estimulan el pensamiento reflexivo; docentes que escogerían los más exquisitos materiales para la lectura y la reflexión, generando comparaciones, análisis, discusiones, proyectos, etc. Estos docentes se caracterizarían por estar constantemente generando dudas, preguntas, cuestionamientos, que son, en realidad, la única puerta al saber significativo.

Los androgogos no gustan de usar títulos, ni de ser llamados "profesores", ni creen que saben más. Los androgogos preferimos que nos llamen "facilitadores", o simplemente por nuestro nombre de pila. Nuestra relación con los estudiantes es horizontal, interactiva y espontánea. El sistema de evaluación es flexible y negociable, centrando la evaluación más en los procesos que en los contenidos, la calificación no se usa como medio de coacción. Si el facilitador

desconoce una respuesta, tiene el valor de decir "no sé", y ese descubrimiento generalmente sirve para generar una investigación en grupo, para su posterior debate en clase. No hablamos aquí de desorganización o caos, Más bien hablamos de respeto y congruencia. Hablamos de experimentar dentro del proceso educativo, preguntándonos que hacemos, para qué y para quién. Hablamos de ser honestos y entender que al final, educar es saber comunicarse. Y para comunicarse hay que dejar de hablar y comenzar a escuchar. Escuchemos a nuestros alumnos.

El facilitador de adultos es un verdadero maestro en el sentido que lo expresó Simón Rodríguez: "el título de maestro no debe darse sino al que sabe enseñar, esto al que enseña a aprender, no al que manda a aprender o indica lo que se ha de aprender, ni al que aconseja que se aprenda. El maestro que sabe dar las primeras instrucciones, sigue enseñando virtualmente todo lo que se aprende después, porque enseñó a aprender".

Andrés Almandoz, M.S.

Asesor pedagógico y educativo.
Venezuela.

Notas

(1) Malcom Knowlis. *Diferencia entre Andragogía y Pedagogía*. Conferencia, Caracas 1977. Instituto Internacional de Andragogía. Revista de Teoría e Investigación en Educación de Adultos, abril de 1990.

(2) Rumazo González, Alfonso. *Ideario de Simón Rodríguez*. Ediciones Centauro. Caracas, Venezuela, 1980.

"Asociaciones Civiles sin Fines de Lucro de la Ciudad de Córdoba". Es el nombre de la investigación realizado por el Lic. Eduardo Raúl Ortega. El trabajo, que contó con el aporte de la Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Córdoba y la Fundación Juan Minetti, presenta un completo relevamiento de las instituciones cordobesas que trabajan en las áreas de promoción y acción social. La investigación se complementa con un Directorio de Asociaciones Civiles de Córdoba.

